

LA PUGNA POR EL LIDERATO CAPITALISTA

Los viajes del General De Gaulle

La visita del Presidente Charles De Gaulle a Latinoamérica no es el primer viaje que realiza el viejo militar fuera de su país. Desde que el "coup d'Etat" de los generales de Argelia lo impusiera en el poder de Francia, el Presidente De Gaulle se ha dado a la tarea de visitar los más variados frentes políticos y raciales, en Africa, Europa y América Latina.

¿A qué responde esta modalidad del mandatario francés? ¿Son meros motivos de cortesía gala, deseosa de demostrar sus buenas costumbres y tratos sociales nunca desmentidos? ¿Cuál es el verdadero trasfondo de los continuos viajes del General De Gaulle, incluso el largo, cansador y sin precedentes a Latinoamérica?

Representante genuina del neocolonialismo europeo, aplaudida por jóvenes naciones negras que obtuvieron su independencia de la Metrópoli por su determinación, celebrada por movimientos liberadores de Africa y Asia, la política exterior del Presidente francés ha encontrado incluso apoyo —con reservas que son obvias— en la Izquierda de su país. Las características anteriormente mencionadas imprimen a la posición degaullista un cariz contradictorio: por un lado revoluciona a las cancillerías occidentales con su decisión de crear una fuerza atómica exclusivamente francesa; reconoce, además, a China Popular, desafiando abiertamente a los Estados Unidos y sus aliados tradicionales; y, por otra parte, estimula la concentración capitalista dentro del territorio galo.

¿Qué representa, pues, De Gaulle? ¿Es un nuevo camino progresista? O, por el contrario, ¿una forma moderna del capitalismo clásico?

¿Qué pretende De Gaulle?

Todas estas interrogantes trataremos de dilucidarlas remontándonos a los años inmediatos de la post segunda guerra mundial, pasando por el periodo de prosperidad que trajo el "Plan Marshall" hasta llegar al complejo de situaciones del momento.

EUROPA EN LA POST-GUERRA Entre otras, la segunda guerra mundial fue la consecuencia inevitable de un mundo subyugado por la inundación descontrolada de toda clase de productos que saturaban los mercados crean-

do una competencia brutal, y sin que se encontrara un cauce normal de salida.

Evidentemente, existió en los años previos a la conflagración un enfrentamiento que cada vez se hizo más agresivo, entre los sectores europeos del bloque capitalista, del que no permaneció ajeno Estados Unidos.

Junto a otros factores de índole política y sociológica, el resultado que provocó tal pugna industrial y comercial fue una guerra que después de seis años sumió a Europa en la más completa destrucción de su historia, causando millones de millones de pérdidas de vidas y perjuicios materiales incalculables.

Estados Unidos, a la sazón un país que todavía no alcanzaba el gran potencial capitalista de nuestros días, se vio, inmediatamente terminada la guerra, ante una alternativa decisiva: Abandonar a Europa a su propia suerte, dejándola desempeñar el papel de mera consumidora de la producción industrial norteamericana; o bien, mirando hacia su propio futuro, ayudar a reconstruirla, evitando de paso el peligro de un ascenso izquierdista al poder (Los partidos comunistas y socialistas de Francia, Italia y Grecia, entre otros, estuvieron a poco de lograrlo). La miseria de post-guerra era un indubitable caldo de cultivo para las fuerzas sociales y políticas de avanzada, y Estados Unidos no corrió el riesgo.

EL PLAN MARSHALL Estados Unidos optó, sin dudar, por la segunda alternativa. Elaboró el vasto programa de ayuda —ampliamente conocido como "Plan Marshall"— que llevó a la Europa destrozada por la guerra una suma elevadísima de dólares, los que, invertidos inteligentemente desde 1947, lograron la consumación de 2 aspiraciones norteamericanas:

a) Evitar el ascenso del socialismo al poder; y

b) Crear una industria pesada moderna en Europa, capaz de autocontrolarse en poco tiempo. Junto a este hecho, lógicamente, se produjo un gran progreso en el standard de vida del habitante medio, consolidando sólidamente al capitalismo en Europa occidental.

Sin embargo, la tremenda ayuda norteamericana —¿lo previeron o no?— se convirtió al paso del tiempo en un boomerang: el reforzado capitalismo europeo frenó el avance de la Izquierda —es cierto— pero en cambio reeditó el viejo problema capitalista que cada cierto tiempo hace crisis: competencia económica despiadada para la búsqueda de nuevos mercados.

Paradojalmente para los Estados Unidos, los países ayudados por el Plan Marshall se fueron volviendo, imperceptiblemente primero, más rápido después, en contra de su "benefactor", el que se percató —con creciente recelo y ansiedad— de la formación de un nuevo bloque compuesto por dieciocho países y más de trescientos millones de seres humanos, que tendrían un dramático significado: el poder económico e industrial más importante del mundo.

El Mercado Común Europeo, e incluso la Asociación Europea de Libre Comercio, esta última más permeable a la influencia norteamericana (el liderazgo aparente lo ejerce Gran Bretaña), fueron la consecuencia orgánica de la existencia de este nuevo complejo financiero del mundo capitalista, y asestaron rudos golpes a la gravitación de los Estados Unidos en Europa.

¿POR QUE DE GAULLE? Si Europa ha conocido —es una realidad innegable— los efectos positivos de la reconstrucción de post-guerra, en el campo material, Francia ha sido el país de mayor ritmo de crecimiento y expansión económica.

Este crecimiento fue posible, fundamentalmente, gracias a la gran concentración de capitales que se efectuó casi vertiginosamente, originando un enriquecimiento en aumento de la oligarquía financiera francesa.

El proceso anterior encuentra una aceleración motivada en la intervención cada vez mayor del Estado en el asunto económico, el que además se va ligando a los intereses monopolistas.

Paralelamente a los factores financieros anteriores, se fueron acumulando en este período las indemnizaciones por nacionalizaciones que provenían de las ex-colonias francesas (Siria, Indochina y Argelia), lo que aumentó las posibilidades de Francia en la competencia interna capitalista, amagando la hasta entonces hegemonía de Estados Unidos en la materia.

La cabeza —visible, y a veces invisible— de todo esto: Charles De Gaulle, al menos en el momento de los resultados, que son los momentos actuales.

PEQUEÑA HISTORIA El panorama francés —como el europeo en general— inmediatamente de terminada la segunda guerra, era, lógicamente, desastroso.

Es sintomático de esta situación —por ejemplo— que las reservas de oro de Francia se hayan reducido, desde 1932 a la post-guerra, en más de un noventa por ciento; además, un gran número de empresas fabriles y comerciales (se estiman en más de 50.000) habían sido borradas del mapa, mientras las viviendas, servicios públicos, hospitales, etc., habían sido casi totalmente destruidos. En el otro lado de una hipotética balanza, emergía un país —Estados Unidos— en franco ascenso económico, después de haber obtenido fabulosas ganancias en el comercio bélico durante la guerra.

En 1947, acicateados por semejante cuadro —el Plan Marshall ya en ejecución— los franceses se dan a la tarea de reconstruir su capital monopolista, con la intervención directa del Estado, que luchó arduosamente para evitar que los problemas sociales y la competencia extranjera pudiesen afectar la marcha de los planes. La política económica, desde entonces hacia adelante, adoptada

por el Estado francés, estuvo encaminada a servir los intereses del capital monopolista nacional, satisfaciendo de paso el nacionalismo —a mal traer todavía por la guerra— que caracteriza el "sprit" galo.

Lo notable es que, a pesar de los constantes cambios de gobierno que sacudieron la Francia de post-guerra, desde la liberación hasta la irrupción de De Gaulle al poder, la política económica de protección y desarrollo del capitalismo privado monopolista no varió. Aspectos —por ejemplo— como el de luchar por el aumento de las exportaciones y de la producción agrícola e industrial; reducción de importaciones desde el área dólar y libra esterlina; incremento del comercio con los países socialistas, fueron mantenidos inalterables por gobernantes tan antagónicos como el radical Gaillard, el socialista Mendes-France, y el derechista De Gaulle, sin olvidar los breves interregnos de los demás primeros ministros de la Cuarta República.

El fenómeno anterior confirma una tesis: no es la personalidad nacionalista, antisajona o simplemente ofuscada del General De Gaulle, la causante de la política francesa independiente dentro del bloque capitalista. Es una actitud —¿estudiada?— de una clase gobernante, que detenta firmemente el poder político y financiero de un gran país, inclinándolo para el logro de fines competitivos y —¿por qué no?— talvez hegemónicos dentro de un sector cada vez más dividido, y cada vez más confuso por sus propias contradicciones.

1959 Llegamos a 1959, y Francia ha adquirido ya una propia personalidad, sosteniéndose casi con sus exclusivas fuerzas. El cuadro ahora es diametralmente opuesto al de la post-guerra: bienestar general, reflejado en cifras concretas (producción de hierro duplicada en diez años; producción de aluminio y consumo de electricidad cuatro veces mayores en el mismo período; catorce veces más tractores mecánicos en 1959 que en 1938).

Esta manifestación de prosperidad tiene —empero— una contrapartida que no es, en definitiva, un saldo favorable para ningún pueblo: una concentración monopolista de grandes empresas, por la fusión de unas con otras. Citroen —por ejemplo— se unió con Peugeot, en la rama automovilística de la industria; Machines Bull con General Electric, en la electrotécnica; Bouchayer y Viallet con Schneider-Creusot, en la metalurgia; y, así, en numerosos otros casos que no es necesario citar para los efectos de nuestro estudio.

Además, los monopolios son en Francia una realidad actuante, hoy por hoy. Se sabe —la cifra habla por sí sola— que menos de doscientas industrias o grandes empresas comerciales controlan más del 20% de la producción del país; en fin, menos del 0,5% del total de las sociedades anónimas francesas efectúan, en conjunto, más de la mitad de las operaciones, según la cifra de negocios global de la industria.

El panorama descrito, que reflejaría un verdadero imperio industrial monopolista, es nada comparado con el poderío norteamericano, que con una mayor concentración, audacia y penetración, incita al capitalismo francés a urgir sus planes para extremar sus propias medidas conducentes a una más eficiente concentración, con o sin la ayuda del Estado, aunque la primera posibilidad se ha dado siempre y no hay indicios de que cambie.

En estos momentos, pues, Francia se encuentra enfrentando activamente la competencia internacional con sus socios capitalistas de Estados Unidos y Europa Occidental. Es una lucha casi de supervivencia, no sólo por los nuevos mercados asiáticos y africanos, o los latinoamericanos, sino además por el predominio político en los países en vías de desarrollo, permeables a su penetración; y por el liderato del bloque capitalista.

EE. UU. VERSUS FRANCIA La batalla económico-política entre Francia y los Estados Unidos se desarrolla en planos diferentes institucional y geográficamente, dentro de Francia misma, en el exterior, en organismos como el Mercado Común Europeo, etc.

En lo económico-financiero, Estados Unidos no ha descuidado en ningún momento sus inversiones de capital en Francia, las que desde 1945 hasta la fecha sobrepasan los 1.000 millones de dólares; cifra que, aparentemente, es tremenda, pero que en la realidad no es superior al 6% del capital nacional francés. Para dar una idea comparativa del monto de las inversiones norteamericanas en los países del Mercado Común Europeo, es necesario conocer su monto total: 4.000 millones de dólares.

Ahora bien. Cálculos de periodistas franceses en el diario "Le Monde", estiman que alrededor de 500 sociedades francesas son controladas por capital norteamericano; mientras la revista especializada en asuntos financieros "Enterprise", opina que no son más de 268.

Se sabe, en relación con las inversiones de capitales norteamericanos en Francia, que éstas son resistidas por la generalidad de sus habitantes, sin diferencias de ideologías. Se estima que la despiadada lucha por mercados más amplios que caracterizó la política interna (dentro de USA), de los monopolios, se ha trasladado con toda su crudeza ahora al territorio francés.

Entre los hechos que algunos expertos citan para ejemplificar los efectos negativos de este trasplante de lucha monopolista a Francia, está el de los trusts estadounidenses de máquinas para la agricultura y el de las inversiones desordenadas y descontroladas para la fabricación de neumáticos, que repercutieron en definitiva sobre la economía del país (Francia) encareciendo dichos productos, y aterrorizando al mundo de las finanzas con el peligro de la superproducción, y su secuela, la desocupación.

La batalla entre los grandes grupos monopolísticos de uno y otro

país, hasta el momento, ha perjudicado a Francia. La "Compagnie des Machines Bull", por ejemplo, fue absorbida por la "General Electric", norteamericana. En la industria automovilística, la competencia de las grandes fábricas norteamericanas ha perjudicado notoriamente a las francesas, sobre todo por la existencia de filiales dentro del territorio francés. Existe, en este rubro industrial, incluso, una compañía francesa controlada por capitales de Estados Unidos (SIMCA).

El fenómeno se repite en Alemania (Opel, Taunus, son casi meras "filiales" norteamericanas), y Gran Bretaña.

Estos "apéndices" de la Unión en Europa, molestan y perjudican a Francia en su competencia política y económica con Estados Unidos, y constituyen un inminente peligro, dentro del Mercado Común.

LA CUESTION MILITAR La competencia entre las 2 potencias del mundo capitalista no se restringe al plano del comercio civil. El comercio que podríamos llamar "bélico", de compraventa de armamentos, equipos de transportes para fuerzas militares, aviones de combate, etc., enfrenta también a Estados Unidos y Francia directamente.

Hace un tiempo, una venta de aviones a reacción de combate "Mirage", franceses, a Alemania Occidental, fue frustrada por la compañía estadounidense "Lockheed", la que bajo la protección de Washington logró imponer el avión "Starfighter", extendiendo el "negocio" además a Holanda y Bélgica.

El escándalo no es sin embargo único. Hace muy poco tiempo el Gobierno de Bélgica efectuó gestiones para la adquisición para su Ejército de tanques franceses AMX-30, la que se habría concretado, a no mediar la repentina e inusitada intervención del Embajador norteamericano en Bruselas. Al final, y por la reacción contraria suscitada, la transacción definitiva se hizo con Alemania.

La aviación civil francesa también ha sufrido merma en la guerra económica, ya desatada, con los Estados Unidos. KLM, la línea holandesa de aviación, deseó comprar aviones Caravelle a reacción, ante lo que Estados Unidos reaccionó indicando que las operaciones futuras de la compañía holandesa en territorio norteamericano estarían condicionadas a la compra de aviones Douglas, en Estados Unidos.

La competencia ha llegado, incluso, al terreno científico, donde franceses y norteamericanos disputan los concursos para la instalación de reactores atómicos para usos pacíficos en el exterior.

LA LUCHA POR LOS MERCADOS Y AMERICA LATINA En el plano internacional, Estados Unidos y Francia se encuentran en franca competencia

por los mercados asiáticos, africanos y latinoamericanos.

En Asia y Africa el terreno —aparentemente— es más propicio

a los franceses, por su condición de ex-Metrópoli de numerosos nuevos países independientes que se sienten sentimental, cultural y financieramente ligados a Francia.

En América Latina, en cambio, es cosa conocida el predominio casi sin interrupciones del capital financiero norteamericano, sobre todo después de la guerra. En los últimos años, y por la gravitación del Mercado Común, Europa ha reconquistado parte de los mercados latinoamericanos, que en muchos casos le fueron francamente propicios en otros tiempos (Alemania e Inglaterra, en sus épocas doradas colonialistas).

La realización de obras de desarrollo en diversos países es de gran importancia en la competencia franco-norteamericana, ya que la obtención de firmas de acuerdos bilaterales o multilaterales (con bloques económicos de naciones, asociaciones de libre comercio), implica prestigio moral y material para el país oferente.

El llamado "tercer mundo", implicando en la acepción no sólo a los "no alineados" de Africa y Asia, sino a todos los pueblos subdesarrollados, que suman casi más de los 2 tercios de la humanidad, ha involucrado el mayor desafío a Francia en esta competencia. Porque, por un lado, muchos de estos pueblos (es el caso de los latinoamericanos, en general) ya se han dado una industria elemental que controlan a sí mismos, sin necesidad de ayuda tecnológica ni financiera exterior; y, por otro, las inversiones de envergadura mayor son de tal categoría, que aún escapan a los alcances de los monopolios industriales franceses, y son sólo asequibles a los norteamericanos.

Pero la dificultad que hemos señalado —que es en verdad una debilidad— la han solucionado en parte los franceses asociándose a capitales alemanes, igualmente monopolistas, para buscar unidos nuevos mercados. Este hecho no ha quedado reducido, como se pudiera creer, al aspecto puramente financiero, sino que ha servido de base efectiva a un extraño y —cómo cambia la historia— contradictorio "EJE" París-Bonn, en el plano político.

La intrepidez de De Gaulle en la búsqueda de mercados amplios que le permitan convertir a Francia en un gran país de fuerte concentración monopolista de capitales, capaz de enfrentar con éxito a Estados Unidos, le llevó incluso al reconocimiento de China Popular, abriendo una brecha de imprevisibles consecuencias en la hasta entonces monolítica oposición de Occidente a China, a la que le niega hasta el reconocimiento como nación.

El reconocimiento de China Popular abrió el inmenso mercado consumidor de ese país de más de 750 millones de habitantes a la industria francesa, lugar al que no tienen acceso —por razones obvias— los capitales norteamericanos.

La ofensiva por los mercados de América Latina la acaba de iniciar ahora De Gaulle, con un carácter oficial del que no han estado exentas las formalidades protocolares. La visita a los más importantes países latinoamericanos fue la señal de partida para es-

ta arremetida político-comercial al que se ha dado en llamar "el patio trasero" de Estados Unidos, siendo la expresión tan gráfica que no juzgamos necesario explicarla, ni mucho menos la trascendencia de la actitud francesa.

El mercado latinoamericano cuenta con 200 millones de personas, y por lo tanto es mucho menor al chino, casi su tercera parte. Pero existe al respecto una diferencia fundamental: mientras China Popular es un país socialista, con un consumo perfectamente determinado por los planes quinquenales del gobierno, y primordialmente en equipos pesados, América Latina tiene consumos más variados que permitirían una diversificación mayor de las exportaciones francesas. Por otra parte, no hay que olvidar que el mercado latinoamericano es casi totalmente norteamericano, y Francia empieza casi desde la nada.

Otro factor que hay que destacar es el del comercio interno latinoamericano. Este ha sido y es insignificante, sus balanzas de pagos tienen saldos en contra, y, en general, el comercio internacional, en el rubro exportaciones, se limita a la venta de materias primas y productos semielaborados, en trueque por productos elaborados o manufacturados de los grandes países industriales. Con este sistema las ganancias que obtienen las naciones desarrolladas son cuantiosas.

Por último, en la pugna entre Francia y Estados Unidos por los mercados, ninguna de las partes olvida que es más conveniente tratar con 20 repúblicas distintas, con intereses diferentes y hasta contrapuestos, que con un sólo bloque en comunidad de objetivos. El carácter restringido del comercio interno entre las naciones latinoamericanas fue la consecuencia inevitable de la dominación imperialista, que prefirió una atomización que dividiera en vez de un frente sólido de naciones que lucharan por un desarrollo social justo y progresista.

Sin embargo, De Gaulle parece más favorable a entenderse con grupos de naciones que los Estados Unidos, que desconfían y combaten los organismos regionales de manera diplomática. El viaje de De Gaulle pretende relacionar al bloque de naciones del Mercado Común, que él dirige hoy como líder indiscutible, con el Mercado Común Latinoamericano, de menor trascendencia que el europeo, pero del mismo carácter proteccionista de grandes grupos monopólicos extranacionales.

Esta posibilidad involucra graves riesgos al capitalismo monopolista anglonorteamericano, ya que cada producto europeo que entre a América Latina, lo hará —conscientemente o no— para desplazar a uno similar producido por empresas estadounidenses. El hecho es inevitable.

Al respecto, Méjico firmó ya un tratado (1963) con Francia, que le significó un préstamo de 150 millones de dólares, concedido de gobierno a gobierno, con bajo interés, a largo plazo, y en condiciones generales aceptables, sobre todo si se contrasta con la moda-

lidad de créditos norteamericanos, que exigen, entre otras cosas, la exclusividad en la venta de determinados productos, fuerte amortización, etc.

El crédito francés originó una reacción en cadena de otras potencias occidentales, que hicieron también ofertas, deseosas de conquistar un posible nuevo mercado, o bien, si ya lo tenían, para no perderlo.

CALCULOS Y PREVISIONES El panorama analizado nos permite el conocimiento —en sus términos generales— de una verdadera pugna interimperialista por la supervivencia y el predominio.

Dicha pugna, sobre todo la franco-norteamericana, no tiene razones, por el momento, para decrecer, o al menos atenuarse, si bien es indiscutible que la burguesía francesa no puede continuar indefinidamente con su política antinorteamericana, ya que, fundamental y definitivamente, depende en último término de la protección estadounidense, vital en la lucha a nivel mundial que se libra hoy.

Mientras, no obstante, De Gaulle ensaya nuevos caminos, y los ofrece a los pueblos jóvenes, como una tentación paradisiaca: da la independencia a sus colonias, pero las mantiene ligadas económicamente a la ex-Metrópoli con programas de asistencia tecnológica, financiera y cultural; reconoce a China Popular, e inicia un activo intercambio comercial y cultural; propone la neutralización de Viet Nam del Sur; mantiene relaciones comerciales, educacionales y diplomáticas con Cuba; en fin, preconiza una política de puertas abiertas, antidogmática, que hace que muchos pueblos que recién nacen a la vida independiente, y otros, vean con simpatía la posición francesa.

Pero —y he aquí una importante conclusión que no debe desatenderse— muchos sectores reaccionarios ven en la arremetida político-financiera de Francia una posibilidad para combatir el ascenso del socialismo en los países en vías de desarrollo, una posibilidad “ni socialista ni capitalista” —engañosa definición— que sería algo así como el desideratum supremo para la “salvación” del tercer mundo de manos de las fuerzas progresistas. Sería una “tercera posición social”, y, en este sentido, la política degaullista es manifiestamente perjudicial al panorama social latinoamericano.

En definitiva, debe saludarse la visita de Charles De Gaulle como la de un magnífico luchador antinazi, que cooperó a liberar a su país del yugo imperialista alemán, sin descuidar que ahora el General no representa, en el fondo, sino una forma aderezada y modernizada de neocapitalismo, en lucha contra el poderoso imperio mundial que detentan los Estados Unidos.

Del fenómeno, talvez resulten algunas consecuencias favorables en el terreno material, para los pueblos latinoamericanos, pero el

meollo del asunto radica en que se trata de un enfrentamiento interno entre 2 grupos monopolíticos, uno antiguo, otro más nuevo, y de cuyos resultados definitivos no resultará nada bueno para nuestro Continente.

A lo más, y al final, un cambio de predominancia y liderato —si es que se produce tal cambio en el sector capitalista— ajeno a los auténticos intereses de los países subdesarrollados.

Lea en el próximo número de MONTHLY REVIEW

1.—Las elecciones norteamericanas.

Leo Huberman y Paul M. Sweezy

2.—Un Aniversario y una Revolución.

Samuel Strong Pharr

3.—Sobre los mecanismos imperialistas, El caso de Brasil.

Andrés G. Frank

4.—Las Comunas Chinas.

D. D. Kosambi

5.—El Manifiesto Comunista, 116 años después.

Leo Huberman y Paul M. Sweezy